

## UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION

Concepción, 12 de junio de 1997

**Seminario: "Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre"**

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo Auxiliar de Concepción

### **"Yo soy el camino y la verdad y la vida"**

#### **Introducción**

La carta apostólica "Tertio millennio adveniente", publicada por el Santo Padre Juan Pablo II con fecha 10 de noviembre de 1994 para invitar a la Iglesia a prepararse adecuadamente a celebrar el Jubileo 2000, indica como segunda fase de esta preparación los años 1997 a 1999 y afirma: "La estructura ideal para este trienio, centrado en Cristo, Hijo de Dios hecho hombre, debe ser teológica, es decir, 'trinitaria'" (N.39).

El Santo Padre dice claramente que todo el trienio de preparación al Jubileo 2000 debe estar "centrado en Cristo", pues de lo que se trata es de prepararse a la celebración de los 2000 años de su encarnación y nacimiento como único Salvador del mundo. Pero Cristo no encuentra su explicación última sino en el misterio de la Santísima Trinidad, de la cual él es la segunda Persona. El misterio de Cristo no se entiende sino en su relación al Padre y al Espíritu Santo. Por eso es que cada uno de los años 1997 a 1999 será dedicado a profundizar el conocimiento de cada una de estas Personas divinas, con el propósito de conocer mejor a Jesucristo en el cual todo debe tener su centro.

Para este año 1997 el Santo Padre ofrece el siguiente programa: "El primer año, 1997, se dedicará a la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo" (N. 40). Como se ve en esta frase, tan pronto como se desea explicitar algo sobre Cristo se debe hablar del Padre y del Espíritu Santo; él es el "Verbo del Padre" y se hizo hombre "por obra del Espíritu Santo". Sin la referencia obligada al Padre y al Espíritu Santo, la Persona de Cristo queda sin explicación.

En seguida, el Santo Padre escribe otra frase programática para este año: "Para conocer la verdadera identidad de Cristo, es necesario que los cristianos, sobre todo durante este año, vuelvan con renovado interés a la Sagrada Escritura" (N. 40).

Acogiendo esta orientación, dedicaremos estas reflexiones a analizar una de las más hermosas afirmaciones de

Cristo sobre su propia identidad, una que toma la forma de una auténtica definición: **"Yo soy el camino y la verdad y la vida"**. Así habría podido responder Jesús a la pregunta: "¿Tú, quién eres?". Más aun, es difícil encontrar otro texto en el cual Jesús defina su identidad de manera más precisa y profunda. Como es claro la explicación de esa afirmación de Jesús nos hará "volver con renovado interés a la Sagrada Escritura".

Antes de entrar en el tema, es interesante destacar que las dos últimas encíclicas del actual Sumo Pontífice hacen referencia a la afirmación de Cristo que estamos estudiando: "Veritatis splendor" y "Evangelium vitae", es decir, la verdad y la vida.

### 1. Contexto de la frase de Cristo

La afirmación de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" es considerada una de las frases más importantes y solemnes de Cristo. Aunque uno tenga un conocimiento muy escaso y superficial del Evangelio, esa frase le resulta familiar. Pero no siempre se tiene una comprensión exacta de su sentido. Para adquirir una comprensión más profunda de ella es necesario situarla en el contexto en que fue dicha por Jesús.

El momento en que Jesús pronuncia esas palabras también es significativo. Estamos en la última cena, es la última vez que Jesús se reúne en la intimidad con sus discípulos. El relato comienza con estas palabras: "Sabiendo Jesús que **había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre**, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1).

A esta introducción sigue el episodio del lavatorio de los pies y del anuncio de la traición de Judas. Una vez que Judas salió, y se perdió en las tinieblas de la noche, comienza Jesús a despedirse de sus discípulos. Lo hace con expresiones muy afectuosas, consciente de que sus discípulos quedarían sumidos en la tristeza: **"Hijitos**, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos os digo también ahora a vosotros: que adonde yo voy, vosotros no podéis venir" (Jn 13,33).

Es la única vez que Jesús trata a sus discípulos con esta ternura. Es la única vez en el Evangelio de Juan que se dirige a sus discípulos tratándolos de "hijos". Es más, Jesús usa el término griego "tekníov", que es el diminutivo de "téknon". Por eso se traduce literalmente por "hijitos" (La BJ traduce: "Hijos míos"). Sólo aquí, en el momento de

la despedida, Jesús adopta esta actitud paternal respecto de ellos.

En el Evangelio de Juan recurre el término "téknon" en plural, por ejemplo, en el prólogo: "A los que lo recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios" (Jn 1,12). Allí dice: "tékna Theou". Y también cuando el evangelista comenta la sentencia del Sumo Sacerdote sobre la conveniencia de que muera uno solo por la Nación: "Profetizó que Jesús iba a morir por la Nación, y no sólo por la Nación sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11,51-52). (Ver también Jn 8,39: "hijos de Abraham"). Pero aquí es la única vez que aparece el diminutivo: "teknía", "hijitos", y no se refiere a "hijitos de Dios" sino de Jesús.

Para entender su alcance, podemos fijarnos en el único caso en que San Pablo usa esa misma expresión: "¡Hijitos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gal 4,19).

Este es el apelativo preferido de San Juan para referirse a sus destinatarios en sus cartas. Comienza su primera carta diciendo: "Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis" (1Jn 2,1), y concluye la carta advirtiéndoles: "Hijitos, guardaos de los ídolos" (1Jn 5,21).

Repitamos que en Jesús este modo de hablar es excepcional y ocurre sólo aquí. Comprende que está diciendo algo difícil para sus discípulos. Después de su partida, ellos no podrían seguirlo; quedarían solos.

La reacción obvia es la de Pedro: "Señor, ¿a dónde vas?" La respuesta que Jesús da a Pedro no aclara su destinación: "Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde". Pero contiene una información consoladora: la separación será solamente momentánea. A los judíos Jesús les había hablado de la misma manera: "Yo me voy y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy vosotros no podéis venir" (Jn 8,21). Pero, como vemos, a ellos Jesús les habla de una separación definitiva. En cambio, a sus apóstoles dice: "No podéis seguirme **ahora**. Me seguiréis **más tarde**".

Queda, sin embargo, en el aire la pregunta de Pedro: "¿A dónde vas?" Las palabras de Jesús tienen un doble sentido, ambos verdaderos. Su destinación es doble.

- Una destinación es: "**Voy al Padre**", y de ésta meta está hablando Jesús. En efecto, ya vimos que la última cena es introducida con las palabras: "Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre".

- La otra destinación, el otro modo posible de entender sus palabras, también verdadero, es: "Voy a enfrentar una situación difícil de parte de los judíos que puede concluir en **mi muerte en la cruz**". Y esto es lo que entiende Pedro. Por eso insiste: "'¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti'. Le responde Jesús: '¿Que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes que tú me hayas negado tres veces'" (Jn 13,37-38).

Después de esto Pedro queda en silencio y ya no se atreve a preguntar más. Los apóstoles habían seguido a Jesús esos últimos años dondequiera que él había ido, y estaban acostumbrados cambiar de lugar para ir con él. El los invitaba así: "Vayamos a otro lugar, a los pueblos vecinos... Y recorrió toda Galilea, predicando" (Mc 1,38-39). Y cuando subió a Jerusalén les dice: "Volvamos de nuevo a Judea". Y, a pesar de comprender que se estaba creando una amenazante oposición a Jesús, los apóstoles lo siguieron: "Vayamos también nosotros a morir con él" (Jn 11,7.16). Pero ahora les dice: "Adonde yo voy no podéis seguirme".

En el comienzo del capítulo 14, en el cual se encuentra la frase que estamos analizando, Jesús sigue aclarando su destinación:

"En **la casa de mi Padre** hay muchas mansiones: si no, os lo habría dicho; porque **voy a prepararos un lugar**. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y **os tomaré conmigo**, para que donde esté yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy **sabéis el camino**" (Jn 14,2-4).

El modo de hablar de Jesús es enigmático. Los discípulos debieron quedar perplejos. Pedro acaba de preguntar: "¿A dónde vas?", pensando que Jesús se dirigía a algún lugar de esta tierra donde peligraba su vida, y quedó sin respuesta. Pero ahora Jesús aclara su destinación, lo que no había hecho con los judíos. Cuando Jesús les habló de su partida, los judíos comentaron: "¿Es que se va a suicidar, pues dice: 'Adonde yo voy, vosotros no podéis venir'?" (Jn 8,22). Ahora, en cambio, ante sus discípulos, Jesús aclara su destinación: Va a la casa de su Padre a preparar un lugar para ellos. Y así queda claro también el destino de ellos: "Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros". El destino de ellos es la morada que Jesús les va a preparar en la casa de su Padre. El destino de ellos es estar con Jesús siempre: "Os tomaré conmigo".

Pero este modo de hablar era oscuro para los discipu-

los y quedaron sin comprender, como se deduce de la continuación del diálogo. El Evangelio deja claro, en más de una ocasión, que los discípulos no comprenden las palabras de Jesús. Y lo dice explícitamente el mismo Jesús durante esta misma conversación con sus discípulos: "Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello" (Jn 16,12). Era necesario que recibieran el Espíritu Santo: "El os llevará a la verdad completa" (Jn 16,13).

Jesús ha dicho su destinación y el destino de los discípulos (la casa de su Padre) y también el modo como ellos llegarán allá: "Os tomaré conmigo". Ha dicho las cosas por su orden: primero la meta (la casa del Padre), después, el medio para alcanzarla (la unión con él). Ahora con razón, puede decir: "Adonde yo voy ya sabéis el camino".

Pedro ya no se atreve a preguntar. Pero lo hace Tomás, el discípulo a quien le gustan las cosas concretas y claras, el mismo que quiso verificar las heridas de Jesús para creer en su resurrección. Hay un matiz de impaciencia en las palabras con que Tomás pide aclaración a este modo extraño de hablar de Jesús: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el **camino**?" (Jn 14,5).

Tomás menciona dos cosas que ignora: la destinación de Jesús y el camino para ir allá. La objeción está bien puesta, pues se refiere primero al fin y después a los medios para alcanzarlo. Sabemos que el fin es lo primero en la intención. Si no se sabe el destino que se pretende alcanzar, imposible tomar un rumbo, cualquiera que sea. Como hemos visto, Jesús había dicho ambas cosas también en su orden lógico. Lo único que tenían que concluir los discípulos de ese: "Os tomaré conmigo", es que él mismo Jesús era el camino.

Aquí se ubica la frase de Jesús. Ya que los discípulos no son capaces de sacar ellos mismos la conclusión de lo que ha dicho Jesús, la expresa el mismo Jesús: "**Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí**" (Jn 14,6).

En todo el contexto precedente, donde se ubica esta frase, se ha hablado solamente de la partida de Jesús y del camino que conduce al lugar donde él va. Ha quedado claro que se trata de ir al Padre y que también los discípulos tienen que ir allá, al lugar que Jesús les habrá preparado, para que también ellos estén donde está Jesús. Habría bastado que Jesús dijera: "Yo soy el camino. Nadie va al Padre sino por mí". Pero ¿por qué agrega también "la verdad y la vida"? Esto es lo que explicaremos a continuación. Explicaremos también en qué sentido es Jesús el "camino".

## 2. Afirmaciones "Yo soy" referidas a Jesús

En muchas ocasiones la frase de Cristo que estamos comentando se encuentra modificada en la siguiente forma: "Cristo: camino, verdad y vida". En esta forma suele usarse como lema de jornadas o de diversas conferencias sobre la cristología. Pero en esta forma, ya no es una cita textual del Evangelio, y la referencia más directa a la Persona divina de Jesús ha quedado atenuada. En efecto, el texto exacto del Evangelio de Juan es una afirmación de Cristo sobre sí mismo, donde él define su identidad: **"Yo soy** el camino y la verdad y la vida" (Jn 14,6). Como se ve, se trata de una oración con el sujeto en primera persona: **Yo**. En la forma modificada la declaración de Jesús sobre sí mismo se ha transformado en una afirmación nuestra sobre él: "Cristo es camino, verdad y vida" (Cristo ha pasado a ser el sujeto de una oración en tercera persona). De esta manera, se han omitido las palabras principales del texto de Juan, precisamente aquéllas que aluden a la Persona de Cristo: "Yo soy".

Esa primera persona gramatical "Yo soy" es la Persona de Cristo, que habla con plena conciencia de su identidad de Hijo de Dios, uno y consustancial con el Padre. Sólo en este entendido su afirmación tiene sentido. Más aun, como dijimos, es difícil encontrar otro texto en el cual Jesús defina su identidad de manera más precisa y profunda. Esto es lo que procuraremos explicar a continuación.

El Evangelio de Juan intenta mostrar a Cristo como la plenitud de la revelación. Se trata de conocer la identidad de Cristo. Por eso es notable en ese Evangelio la frecuencia con que aparece en labios de Jesús la expresión: "Yo soy", seguida de un atributo.

Para recordar las más conocidas las recorreremos rápidamente:

- Jn 4,26: "Yo soy (el Mesías), el que habla contigo".
- Jn 6,35: "Yo soy el pan de la vida" (cf. 6,48).
- Jn 6,41: "Yo soy el pan bajado del cielo".
- Jn 6,51: "Yo soy el pan vivo".
- Jn 8,12: "Yo soy la luz del mundo".
- Jn 8,18: "Yo soy el que da testimonio de mí mismo".
- Jn 10,7.9: "Yo soy la puerta de las ovejas".
- Jn 10,11.14: "Yo soy el buen pastor".
- Jn 11,25: "Yo soy la resurrección (y la vida)".
- Jn 14,6: "Yo soy el camino y la verdad y la vida".**
- Jn 15,1: "Yo soy la vid verdadera".
- 15,5: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos".

La intencionalidad de estas frases resalta más si se compara con otros personajes del mismo Evangelio:

Juan Bautista:

- Jn 1,20: "Confesó: Yo no soy el Cristo".  
 1,21: "Dice: No soy".  
 1,27: "Yo no soy digno de desatar sus sandalias".  
 3,28: "Yo no soy el Cristo sino el enviado delante de él".

Pedro:

- Jn 18,17: "El dice: No soy".  
 18,25: "Negó diciendo: No soy".

Pilato:

- Jn 18,35: "¿Soy yo acaso judío?"

Vemos ahora que era importante destacar en el texto que analizamos la expresión "Yo soy". Es uno de los medios más expresivos que tiene Juan para hacer emerger y sobresalir la Persona de Jesús y contrastarla con la persona de todos los otros personajes del Evangelio.

Hemos hecho un elenco de los textos en que la expresión "Yo soy" va seguida de un atributo. Pero más impresionantes son los casos en que aparece "**Yo soy**" **en absoluto**. Aquí la fuerza reveladora alcanza su máximo. Su mayor atributo es su poder evocador. Examinemos los textos:

- Jn 6,20: "Yo soy, no temáis" (lo dice el que camina sobre el mar. Al considerar este episodio conviene recordar el Salmo 77,17.20: "Te vieron las aguas, oh Dios, las aguas te vieron y temblaron... Por el mar iba tu camino, por las muchas aguas tu sendero").
- Jn 8,24: "Si no creéis que 'Yo soy', moriréis en vuestros pecados".
- 8,28: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que 'Yo soy'".
- 8,58: "Antes que fuera Abraham, 'Yo soy'".
- Jn 13,19: "Para que cuando suceda creáis que 'Yo soy'".
- Jn 18,5.6.8: "Buscamos a Jesús Nazareno". "Yo soy" (Teofanía: "Retrocedieron y cayeron a tierra").

Este modo de hablar de Jesús es una referencia clara a la revelación del nombre de Dios a Moisés en la zarza ardiendo. Las afirmaciones "Yo soy" dichas por Jesús en absoluto expresan su voluntad de atribuirse ese mismo nombre divino.

Ex 3,13-15: "Yo soy el que yo soy".  
 "'Yo soy' me ha enviado a vosotros".

Esta última frase (v. 14) está en perfecto paralelo con esta otra que está en el versículo siguiente:

"Yahveh me ha enviado a vosotros".

Is 43,10: (LXX) "Vosotros seréis mis testigos, y también yo seré testigo, dice el Señor Dios, y el siervo que elegí, para que sepáis y creáis y entendáis que 'Yo soy'. Antes de mí no hubo otro dios, ni después de mí lo habrá".

Este texto contiene una expresión clara de monoteísmo. Esas mismas expresiones, en su traducción griega de la LXX, son las que dice Jesús de sí mismo, y así reivindica su categoría divina.

### **3. El "YO" de Cristo**

Por último, digamos una palabra sobre este YO personal de Cristo. Cada uno de nosotros tiene conciencia de su propio yo personal, que es lo más cercano y entrañado a cada uno. Pero esta es la realidad más difícil de objetivar y de expresar en un concepto, precisamente porque es imposible que el ser humano se repliegue completamente sobre sí mismo, se ponga ante sí mismo y conciba un concepto claro y preciso de sí mismo.

Uno puede considerar una parte de sí mismo y concebir un concepto de esa parte, por ejemplo, de su rostro; o una facultad, por ejemplo, su talento matemático, o musical; o pensar en una virtud propia, por ejemplo, su paciencia, su bondad, etc. Pero toda la propia realidad es imposible ponerla entera ante sí mismo y por eso es imposible tener un concepto bien delimitado y preciso de su propio Yo personal. Sin embargo, cuando, por ejemplo, golpeamos a la puerta y de adentro alguien pregunta: "¿Quién es?", cada uno sabe muy bien lo que está diciendo cuando responde: "Yo". Con ese vocablo cada uno alude a su propia persona.

Lo mismo se puede decir de Cristo. Cada vez que él



dice "Yo", él está aludiendo a su Persona. Cada vez que él dice "Yo", él está consciente de su propia identidad. Ese "Yo" de Cristo es tremendo; llega a la profundidad de su Ser personal. Ese "Yo" alude a la Persona divina que es Cristo, la segunda Persona de la Trinidad: el Hijo.

Teniendo en cuenta todo esto se comprende mejor la inmensidad de las expresiones en "Yo soy" de Jesús. Y entre ellas, tal vez la de significado más profundo, por causa de los atributos que el mismo Jesús asume, es la que nos ocupa en estas reflexiones: "Yo soy el camino y la verdad y la vida".

#### 4. Yo soy el camino

Más arriba hemos examinado el contexto en que está incluida la declaración de Jesús: "Yo soy el camino y la verdad y la vida". Quedó claro que en todo momento Jesús hablaba de su ida al Padre y que para llegar allá no hay más camino que él mismo. Nos debemos preguntar ¿qué entendieron los apóstoles cuando Jesús les dijo esto?

La noción de "camino" es antigua en Israel. Este era el modo de llamar a la norma de conducta codificada en la Ley. Para indicar que alguien camina por la Ley del Señor con fidelidad se dice que no se desvía "ni a derecha ni a izquierda". El Señor dice a Josué a quien ha elegido para tomar la sucesión de Moisés: "Ten cuidado de cumplir toda la Ley que te dio mi siervo Moisés: no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que tengas éxito dondequiera que vayas" (Jos 1,7).

La Ley era considerada como el camino que conduce a la felicidad. Son frecuentes en los Salmos expresiones en este sentido: "Hazme vivir conforme a tu palabra... hazme entender el **camino** de tus ordenanzas... He escogido el **camino** de la lealtad a ti, a tus juicios me conformo... Corro por el **camino** de tus mandamientos... Enseñame, Señor, el **camino** de tus preceptos" (cf. Sal 119,25-33). Los textos se podrían multiplicar.

Isaías anuncia un tiempo en el futuro en que el pueblo escuchará al Señor, que le dirá: "Este es el **camino**, caminad por él" (Is 30,21). Debemos tener presente que los discípulos de Jesús eran miembros del pueblo de Israel y que estaban formados en esta mentalidad. Ellos esperaban esa voz del Señor que les indicara el camino. En este trasfondo la declaración de Jesús adquiere sentido pleno: "Yo soy el camino".

Tal vez el mejor comentario a esta afirmación lo

encontramos expresado por San Pablo: "El hombre no se justifica por su cumplimiento de las obras codificadas en la ley, sino sólo por la fe en Jesucristo" (cf. Gal 2,16). Por eso, Jesús comienza el diálogo exhortando: "Creéis en Dios, creed también en mí". Si antes el camino que conducía a Dios eran las ordenanzas de la ley, ahora el camino es una Persona: Cristo. Se sustituye un código de leyes por una Persona.

Esta misma doctrina se puede encontrar claramente expresada en la Epístola a los Hebreos. Lo destacamos porque en ese escrito se encuentra la frase que ha servido como lema del Jubileo 2000: "Jesucristo es el mismo ayer y hoy y lo será para siempre" (Heb 13,8).

En el punto central de la carta el autor llama la atención diciendo: "Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo: que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la derecha de la Majestad en los cielos" (Heb 8,1-2). Y, refiriéndose al sistema sacrificial antiguo con sus preceptos, explica: "(Por medio de esas prescripciones) daba a entender el Espíritu Santo que aún no estaba abierto el **camino** del santuario... Pero presentóse Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, ... Y penetró en el santuario una vez para siempre..." (Heb 9,8s).

Ahora puede concluir: "Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por **este camino nuevo y vivo**, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir, de **su propia carne**... acerquemonos con sincero corazón, en plenitud de fe..." (Heb 10,19s).

Así ha terminado de explicar el autor la exhortación que había hecho al principio: "Acerquemonos pues confiadamente al trono de la gracia" (Heb 4,16).

También San Pablo había comprendido bien la afirmación de Cristo, como la explica en su carta a los Efesios: "Por Cristo, unos y otros (judíos y gentiles) tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Ef 2,18).

Hasta aquí hemos dado una explicación de la afirmación: "Yo soy el camino", y hemos visto que ese camino conduce al Padre: "Nadie va al Padre sino por mí". Para esta explicación no hemos tenido necesidad de introducir los otros miembros de la frase: "la verdad y la vida". Queda entonces la impresión que ellos son secundarios y que han sido agregados a modo de un comentario al término "camino" aplicado a Cristo. A continuación veremos más de cerca esos otros dos términos de la frase.

## 5. Relación entre los tres términos de la frase

De todas las frases de Juan sobre la verdad ésta es la más profunda. Aquí Jesús se identifica con ella. ¿Qué debemos entender aquí por la verdad? Al entrar a estudiar el término "verdad" dentro de la frase de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", la primera cuestión que debemos afrontar y la más difícil en la interpretación de esa afirmación, es la de precisar la relación exacta en que se encuentran los tres términos: camino, verdad y vida.

Para hacer ver la dificultad indicaremos brevemente algunas soluciones:

1. Algunos comentaristas afirman que hay una progresión entre los tres términos. La "vida" es la meta hacia la cual nos dirigimos, por mediación de Cristo que es el "camino" hacia ese término. La interpretación de la frase sería: "Por el camino, se accede a la verdad y, por la verdad, a la vida".

En esta misma línea, una interpretación más platónica concede la primacía a la verdad e interpreta la relación entre los tres términos, siempre en progresión, de esta manera: "Por el camino, se accede a la verdad y la vida". Para los que sustentan esta interpretación la meta es la contemplación de la verdad absoluta y eterna que identifican con Dios.

Veremos más adelante que en esta corriente se sitúa la mayoría de los Padres de la Iglesia y veremos en particular la interpretación de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino.

2. Otros intérpretes han visto en la frase un hebraísmo y han dado a la palabra "verdad" el valor de un simple adjetivo. El sentido de la frase sería: "Yo soy el camino verdadero que conduce a la vida". En esta interpretación la palabra esencial es la "vida"; ésta es la meta que es necesario alcanzar.

3. Para la mayoría de los autores modernos, en cambio, la palabra clave es "el camino"; "la verdad y la vida" no son más que una explicación de "el camino". La frase de Jesús tendría este sentido: "Yo soy el camino que conduce al Padre, porque yo soy la verdad y la vida".

Vemos la dificultad. Nosotros hemos comenzado estas reflexiones, analizando en primer lugar el contexto donde está ubicada la frase de Cristo. Este es el método obligado si se quiere descubrir lo que el texto dice en realidad y evitar el peligro de proyectar sobre el texto nuestra

propia visión.

Después del análisis literario que hemos hecho, hemos visto que la frase de Jesús se ubica en el contexto de su partida. Jesús ha hablado de modo enigmático a sus discípulos anunciándoles su partida. Luego agrega: "Adonde yo voy ya sabéis el camino". Pero sus discípulos aún no han entendido ni siquiera dónde va. Es la dificultad que le presenta Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Este es el contexto inmediato precedente. Habría bastado que Jesús respondiera: "Yo soy el camino". La frase tendría sentido completo si quedara hasta allí.

Es cierto; pero hay que notar que se trata de una metáfora. En efecto, "Yo soy el camino" es una metáfora, como lo es: "Yo soy la vid", "Yo soy la puerta de las ovejas", etc.

Podemos concluir entonces que las palabras "la verdad y la vida", aunque en la estructura literaria de la frase tienen un lugar secundario, ellas tienen el rol importantísimo de explicar el significado de la afirmación principal: "Yo soy el camino". Las palabras "la verdad y la vida" en este contexto sirven para indicar explícitamente el significado de la metáfora empleada por Jesús al presentarse como "el camino" hacia el Padre.

El versículo no significa que Jesús sea el camino hacia la verdad ni tampoco hacia la vida. El único significado es que Jesús es el camino hacia el Padre, precisamente en cuanto él es la verdad y la vida. "Verdad y vida" explican su papel de mediador. Porque Jesús es la verdad y la vida, por eso él puede conducirnos al Padre. Quedando esto claro, ahora debemos explicar en qué sentido se entiende que Jesús sea la verdad y la vida.

## 6. Yo soy la verdad

Para entender en qué sentido dice Jesús: "Yo soy la verdad", debemos fijar nuestra atención en el diálogo siguiente entre Jesús y sus discípulos. Después de su afirmación, el tema cambia. Ya no se trata de la despedida de Jesús, sino que empieza el tema del conocimiento. Jesús dice: "Si me conocéis a mí conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto" (Jn 14,7).

Aquí está la afirmación que nos aclarará el tema de la verdad. Cuando Jesús dice que él es el camino que conduce al Padre, no está hablando de algo futuro, sino presente: "**Desde ahora** lo conocéis y lo habéis visto". Es espontánea

la reacción del apóstol Felipe: "Señor, muestranos al Padre y nos basta". Tres cosas magníficas se pueden destacar en esta petición, que revelan el espíritu contemplativo del apóstol Felipe.

La primera es su anhelo de ver al Padre. Este es el mismo deseo que ya había manifestado Moisés en el monte Horeb cuando oró: "Dejame ver tu gloria" (Ex 33,18). En esa ocasión Moisés recibió esta respuesta de Dios: "Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo" (Ex 33,20). Dios entonces le permitió solamente ver sus espaldas, porque agrega: "Mi rostro no se puede ver". Así queda expresado el régimen del Antiguo Testamento. El anhelo profundo del hombre de ver a Dios queda insatisfecho esperando el momento en que sea saciado. Esto tendrá lugar con Cristo, que es la plenitud de la revelación.

La segunda cosa que hay que observar en la petición de Felipe es que él tiene una intuición acertada de lo que está pidiendo, de lo que significa ver al Padre: "Muestranos al Padre y **nos basta**". El está convencido de que en comparación con la visión de Dios todo lo demás cede, pierde interés y queda olvidado. De esta manera Felipe antecede a la gran mística Santa Teresa de Jesús, que muchos siglos más tarde escribirá los famosos versos: "Quien a Dios tiene, nada le falta; **sólo Dios basta**".

Por último, tal vez lo más importante, es que Felipe está convencido de que Jesús **puede** satisfacer su anhelo; de lo contrario, su petición habría sido desmesurada. Haber comprendido esto es un gran mérito del apóstol. Los maestros afirman que la comprensión de una determinada materia alcanzada por los alumnos se demuestra por la calidad de sus preguntas. Felipe sería, entonces, un excelente discípulo. Su pregunta demuestra que ha intuido que ya estamos en el régimen del Nuevo Testamento, es decir, de la revelación plena de Dios.

Pero, le faltaba todavía llegar al conocimiento de la identidad profunda de Jesús. El cree que Jesús le puede mostrar al Padre por algún medio; pero no sabe que el medio es la misma Persona de Jesús, no ha comprendido que Jesús es la visibilidad del Padre. Por eso recibe en respuesta un reproche de Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". San Agustín comenta: "Felipe deseaba conocer al Padre, como si el Padre fuera mejor que el Hijo. Y así demostraba no conocer tampoco al Hijo, pues creía que podía haber algo mejor que él". Su error era pensar que hubiera algo más que Jesús, como si Jesús mismo no bastara. Podemos agregar nosotros que su error era pensar que para ver al Padre pudiera haber algún medio distinto que Jesús.

Por eso Jesús le dice: "Aún no me conoces. Si me conocieras a mí, conocerías también al Padre". A Felipe le faltaba aún comprender que **Cristo basta**, pues en él está la plenitud de la divinidad. Por eso, para ver al Padre, basta ver a Jesús.

En dos ocasiones Jesús repite: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?... Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí" (Jn 14,10.11). Y de esta manera, Jesús revela su propia identidad: él es el Hijo, él posee la misma naturaleza divina que el Padre, es de la misma sustancia que el Padre. El Hijo no es el Padre, ni el Padre es el Hijo: son dos Personas distintas; pero Dios es uno solo. Por tanto, dirigiendonos al Hijo, es decir, a Cristo -que es el Hijo encarnado y hecho hombre-, encontramos al mismo Dios que encontramos dirigiendonos al Padre.

Ahora podemos comprender qué significa: "Yo soy la verdad". En el Evangelio de Juan, la "verdad" es la revelación de Dios. Es así que ya desde el Prólogo atribuye a Jesús esta misión: "Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de Verdad" (Jn 1,14) (Muchos intérpretes traducen esta última frase como un solo concepto expresado con la yuxtaposición de otros dos: "lleno del don de la Verdad").

El mismo Prólogo destaca la diferencia entre Jesús y Moisés en relación a la revelación plena de Dios: "La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia de la Verdad nos ha llegado por Jesucristo" (Jn 1,17).

La verdad es la revelación de Dios. Pero no solamente en el sentido funcional. Jesús no sólo tiene la función de anunciar la verdad acerca de Dios, como hacían los profetas. El texto de Juan que nos ocupa da un paso adelante en cuanto identifica a Jesús con la revelación plena del Padre, identificandolo a él con la Verdad. Jesús es la verdad en el sentido de que "viendolo a él, se ve al Padre". Los profetas hablaron acerca de Dios y en este sentido ellos "anunciaron la verdad". Pero ningún profeta dijo jamás: "Yo soy la verdad". Aquí hay algo más. En último análisis, la revelación de la verdad consiste en comprender la relación de filiación entre Jesús y el Padre. Para explicar por qué viendolo a él se ve al Padre, Jesús dice: "Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí".

Con la afirmación: "Yo soy la verdad" ha explicado Jesús en qué sentido él es el camino al Padre, en qué sentido "nadie va al Padre sino por él". Si el anhelo del hombre es "ver al Padre", entonces esa anhelo tiene cumplimiento desde ahora, "viendo a Cristo": "Desde ahora lo

conocéis y lo habéis visto... el que me ha visto a mí ha visto al Padre".

En Cristo, Dios se manifestó a la humanidad de manera perfecta, se expresó plenamente. Dios ya no tiene nada más que decir al hombre, pues se lo ha dicho todo en Cristo. Si alguien esperara algo más, haría ofensa al Hijo de Dios encarnado; sería lo mismo que afirmar que Cristo no es Dios verdadero, que no es de la misma sustancia del Padre. Precisamente porque en Cristo Dios se comunicó completamente al hombre, por eso en una síntesis magnífica, Juan lo llama el "Logos", la Palabra de Dios, la Palabra que es Dios. Escribe en el Prólogo de su Evangelio:

"En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y **la Palabra era Dios...** Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de la gracia de la Verdad" (Jn 1,1.14).

Es cierto que el hombre no puede ver a Dios; pero en Cristo se nos ha hecho visible. A Cristo lo conocemos, por la vista, por el oído, por el tacto. Viendolo a él, vemos a Dios. En el mismo Prólogo, San Juan dice: "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (Jn 1,18).

Jesucristo no sólo **dice** la palabra de Dios, sino que él mismo **es** la Palabra de Dios. Su vida, sus actitudes, sus hechos, sus milagros y, ciertamente, también su palabra nos muestran a Dios. No puede ser de otra manera, porque él es Dios. Para no ser la manifestación de Dios, Jesucristo tendría que dejar de ser el que es. Su realidad es ser la Palabra de Dios.

Para ver a Dios en Cristo, es necesario entrar en contacto con él a través de los ojos, del tacto (como fue el caso de los testigos oculares) y de los oídos (como es el caso nuestro); no hay otro camino. Afirmar lo contrario sería desvirtuar la Encarnación. Para afirmar la verdad de la Encarnación es que San Juan comienza su primera carta insistiendo:

"Lo que existía desde el principio, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y os anunciamos la Vida eterna que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó- lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su

Hijo, Jesucristo" (1Jn 1,1-3).

Dicho esto claramente, es necesario también decir que para ver a Dios, la sola percepción corporal de Cristo no basta. Es necesaria la iluminación interior, **la vista interior de la fe**. Pero el contacto con la carne de Cristo es imprescindible. Por eso no estamos plenamente de acuerdo con el escritor eclesiástico antiguo Orígenes (+ 254), que dice: "No seremos tan torpes como para creer que quien ha visto corporalmente a Jesús haya visto también al Padre. Si fuera así también los escribas, los fariseos, los hipócritas y Pilato, puesto que veían a Jesús en la carne, habrían visto también a Dios, lo cual no sólo es absurdo, sino también impío".

Imaginamos la vivacidad y el entusiasmo con que hablaría Jesús del Padre. Nadie como él, que es el Hijo único de Dios, que está en el seno del Padre, podía hablar de esa manera. Se entiende entonces que, oyendolo hablar, el apóstol Felipe, lleno de santo anhelo le dijera: "Señor, muestranos al Padre y nos basta". Estaba viendo a Jesús, pero aún no veía en él al Padre; le faltaba la iluminación interior del Espíritu. Por eso Jesús le responde con una frase que tal vez sea la afirmación más explícita de la Encarnación y de su identidad: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9).

Creemos más a Jesús que a Orígenes. Por eso, aunque Orígenes nos considere "tan torpes", creemos que viendo corporalmente a Jesús, cuando lo miramos con una vista de fe, vemos al Padre. En cambio, si no vemos corporalmente a Jesús, no tenemos posibilidad de ver al Padre, pues no hay otro camino. Esta conclusión es la única que toma en serio la Encarnación.

Para entender lo dicho, puede servir una analogía. Consideremos una página escrita en caracteres chinos. Una página escrita en chino, la veo yo y no capto lo que dice; sé que es escritura, pero veo sólo su materia: un conjunto de rayitas. La ve un chino y capta claramente lo que dice, recibe el mensaje sin ninguna dificultad. Esto mismo ocurre con Cristo: lo ve una persona sin fe, por ejemplo, Pilato, y no ve más que un hombre; lo ve una persona con ojos de fe, por ejemplo, San Juan, y ve a Dios. Esto es lo que ocurre también hoy día. Algunos leen el Evangelio y dicen: "Jesucristo fue sólo un gran hombre"; otros, leen el mismo Evangelio y, con las mismas palabras de Santo Tomás, exclaman: "¡Señor mio y Dios mio!".

Jesús es el camino que nos conduce al Padre, porque él es la verdad. Y él es la verdad porque es el Hijo de Dios hecho hombre y ofrecido de esta manera a nuestro conocimiento y a nuestra visión. Si el Hijo de Dios, el



Verbo, no se hubiera encarnado nunca y, por tanto, nunca se hubiera ofrecido a nuestra experiencia sensible, entonces él no sería la verdad. Solamente la Palabra encarnada, el Hijo de Dios aparecido entre los hombres, es para Juan la Verdad de Dios. En efecto, se habla de Cristo-Verdad solamente en el contexto inmediato de su encarnación (Jn 1,14-18; 14,6-11). Una vez encarnado, se puede ver; entonces, quien lo contempla a él como Hijo de Dios, es decir, quien cree en él, ve al Padre, porque -explica Cristo- "yo estoy en el Padre y el Padre está en mí". Solamente el hombre Jesús es entre nosotros la epifanía viviente del Padre; por eso, sólo él es para nosotros "el camino" hacia el Padre.

El Hijo de Dios es una Persona divina, es Dios verdadero, y como tal rige de él lo dicho por Juan en el prólogo de su Evangelio: "A Dios nadie lo ha visto jamás" (Jn 1,18). Pero ese Hijo de Dios, encarnado y hecho hombre, se ofrece a nuestra experiencia concreta en Jesús de Nazaret, un personaje de nuestra historia. Dios es el Bien infinito, es el fin último del hombre, porque en él se encuentra la felicidad plena y eterna del ser humano, eso que todo hombre anhela, tal como lo expresó San Agustín: "Nos creaste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti" (Confesiones, I,1,1). El acceso a esa felicidad plena y eterna es Cristo, porque sólo él es la Verdad. Todo otro camino extravía y no conduce al fin último anhelado por todo hombre, porque cualquier otro camino no es la Verdad. La frase de Jesús se puede leer así: "Yo soy la Verdad. Nadie va al Padre sino por mí".

Dijimos que Jesús de Nazaret es un personaje concreto de nuestra historia y, por tanto, podemos tener un contacto personal y vital con él. Lo puede tener incluso el más sencillo de los cristianos. En cambio, la verdad es un concepto abstracto. El cristianismo tiene como fundamento, no un código escrito, sino una Persona, la Persona de Cristo. Por eso viene bien citar aquí unas palabras que escribía el gran escritor ruso Dostoievski a la señora Von Visine el 20 de febrero de 1854:

"No hay nada tan bello, tan profundo, tan simpático, tan razonable, tan valiente y perfecto como Cristo, y no sólo no hay nada, sino -lo digo con amor celoso- que no lo puede haber. Es más, si alguien me demostrara que Cristo está fuera de la verdad, y la verdad no estuviese realmente en Cristo, preferiría estar con El más bien que con la verdad".

Continuando con nuestro estudio, analizaremos ahora el tercer miembro de la importante afirmación de Jesús.

## 7. Yo soy la Vida

Jesús es camino hacia el Padre porque él es la Vida. Es camino hacia el Padre porque nos concede participar de la vida del Padre. Sólo él es camino hacia el Padre, porque él vive de la vida del Padre y es, al mismo tiempo, un hombre como nosotros.

Hemos explicado que el término "verdad" atribuido a Jesús significa que él es el Hijo de Dios, el Verbo "que estaba junto a Dios y que era Dios", pero que ahora, encarnado, se ofrece a nosotros para ser conocido y visto. "Yo soy la Verdad", indica entonces un movimiento descendente desde Dios a nosotros a través de Jesús. Una vez que hemos conocido la Verdad, y hemos creído, comenzamos a participar de la vida divina; entonces comienza nuestro ascenso al Padre a través de Jesús. La afirmación "Yo soy la Vida" indica un movimiento ascendente desde nosotros al Padre a través de Jesús que es el camino. Jesús es el camino hacia el Padre, porque él es la vida del Padre comunicada a nosotros.

En la comunicación a nosotros de la vida divina consiste el núcleo de la misión redentora de Jesús. Así lo dice él mismo: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). En su encíclica "Evangelium vitae" el Santo Padre explica:

"Se refiere a aquella vida 'nueva' y 'eterna' que consiste en la comunión con el Padre, a la que todo hombre está llamado gratuitamente en el Hijo por obra del Espíritu Santificador. Es precisamente en esa 'vida' donde encuentran pleno significado todos los aspectos y momentos de la vida del hombre" (N. 1).

En el Evangelio de Juan el concepto de "vida eterna" expresa, no la vida en la gloria después de la muerte, sino la participación de la vida divina por parte del hombre comenzada en esta tierra por obra de Cristo. Son varios los textos de Juan que afirman la actualidad de la "vida eterna" en nosotros por mediación de Cristo.

"Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga **vida eterna**" (Jn 3,16).

"Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga **vida eterna** y yo lo resucite el último día" (Jn 6,40).

"En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene **vida eterna**" (Jn 6,47).

"En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene **vida eterna**, y yo lo resucitaré el último día" (Jn 6,53s).

La vida eterna es algo que se posee desde ahora por medio de la fe en Cristo. Ya hemos dicho que la fe es necesaria para hacer realidad aquella afirmación de Jesús: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"; la fe es necesaria para ver al Padre en Cristo, es decir, para conocer la Verdad. También es necesaria para poseer la "vida eterna"; y el que posee la "vida eterna" ahora será resucitado por Cristo en el último día.

"Mis ovejas escuchan mi voz... Yo les doy **vida eterna** y no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano" (Jn 10,27s).

Los textos podrían multiplicarse. Pero detengámonos aquí. Jesús ha dicho: "El que ve al Hijo y cree en él, tiene ya ahora vida eterna". Aquí tenemos el doble movimiento. Ver al Hijo y creer en él es "ver al Padre"; esto es posible porque el Padre se ha ofrecido a nuestro conocimiento y visión en Cristo-Verdad. Por otro lado, "ver al Hijo y creer en él" es también tener ahora la vida eterna. Esto es posible porque la vida divina se nos ha dado en Cristo-Vida.

Nosotros entramos en comunión con la vida divina porque escuchamos la palabra de Cristo y creemos. Entonces se pasa de la muerte eterna a la vida eterna.

"En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene **vida eterna** y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo: llega la hora (ya estamos en ella) en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oigan vivirán. Porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo" (Jn 5,24-26).

Cristo es camino al Padre, porque él nos concede la vida eterna que es la vida del Padre que él posee. Esa vida es comunicada a nosotros, sobre todo, por medio del pan de vida que es la carne de Cristo entregada para la vida del mundo. De nuevo aquí está el concepto de encarnación. La carne de Cristo, que tiene la Vida en sí misma y la comunica, es posible sólo gracias a la encarnación. Comiendo la carne de Cristo y bebiendo su sangre, la vida divina nos es comunicada y así, a través de Cristo, entramos en comunión

con el Padre. Cristo es el camino al Padre porque él es la vida divina comunicada a nosotros en el don de su Cuerpo y de su Sangre.

Todo esto está reafirmado en un hermoso texto de la primera carta de San Juan:

**"Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo.** Quien tiene al Hijo tiene la Vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la Vida. Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que **tenéis vida eterna**" (1Jn 5,11-13).

La vocación única del hombre es poseer esa vida eterna; de modo que no poseerla es condenarse a la frustración, es estar muerto. La vocación del hombre es una sola, y ésta, sobrenatural. El hombre no alcanza su fin propio por su propias fuerzas, pues consiste en poseer la vida divina, que es superior a su naturaleza y puede ser recibida sólo como un don gratuito, concedido a nosotros por Cristo. Por eso dice Jesús: "Yo soy la Vida. Nadie puede ir al Padre, sino por mí".

En el capítulo siguiente de San Juan -el capítulo 15- Jesús explica esa relación vital con él por medio de la alegoría de la vid y los sarmientos. El sarmiento goza de la misma vida que la vid y la recibe de ella. Por medio de esa comparación Jesús se refiere a la vida divina que nosotros estamos llamados a poseer. Pero no podemos alcanzarla sino estando unidos a Cristo. Aquí encuentra toda su fuerza la conclusión de Jesús: "Separados de mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

## **8. La interpretación de San Agustín**

Todos los más grandes comentaristas de la Escritura han analizado esta importante afirmación de Jesús. Nosotros nos detendremos en los dos más grandes de la tradición patrística y teológica: San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

San Agustín se refiere a este texto en muchas de sus obras y sermones. Pero aquí veremos cómo lo explica en su Comentario al Evangelio de San Juan, es decir, cuando lo estudia directamente y no a propósito de otros temas.

San Agustín introduce el comentario, citando las palabras que Jesús dijo a sus discípulos: "Sabéis a dónde voy y conocéis el camino". Estas palabras provocan la reacción de Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo

podemos conocer el camino?". Sigue San Agustín:

"El Señor había dicho que ellos conocían una y otra cosa, y Tomás dice que no conocen ni una ni otra: ni el lugar adonde va ni el camino para ir allá. Pero el Señor no puede mentir; por tanto, es verdad que los apóstoles conocían ambas cosas. Lo que pasa es que no sabían que las conocían. Que los convenza entonces de que ellos ya saben lo que creen no saber. Les dice Jesús: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. ¿Qué significa esto, hermanos? Hemos escuchado la pregunta del discípulo, hemos escuchado la respuesta del Maestro; pero, aunque hemos escuchado la voz que suena, aún no hemos comprendido el sentido subyacente. ¿Qué podemos comprender? ¿Acaso sus apóstoles, con los cuales estaba hablando, podían decirle: 'No te conocemos'? Por tanto, si lo conocían a él y él es el camino, conocían el camino; si lo conocían a él y él es la verdad, conocían la verdad; si lo conocían a él y él es la vida, conocían la vida. De esta manera, han sido convencidos de que, en realidad, conocían lo que ignoraban conocer.

¿Qué es lo que nosotros hemos comprendido en esta explicación? ¿Qué cosa, hermanos míos, fuera de las palabras: 'Vosotros sabéis a dónde yo voy y también el camino para ir allá'? Hemos comprendido que los apóstoles conocían el camino, porque conocían a aquel que es el camino. Pero el camino es por donde se va, ¿es acaso también el camino el lugar adonde se va? Jesús había dicho que ellos conocían ambas cosas: el lugar adonde iba y el camino. Era, por tanto, necesario que dijera: 'Yo soy el camino', para demostrar que los apóstoles, conociéndolo a él, conocían el camino, que creían no conocer. Una vez conocido el camino por donde se va, pero faltándoles conocer el lugar adonde va, ¿qué necesidad había de que dijera: 'Yo soy el camino, y la verdad y la vida', sino porque **iba a la verdad, iba a la vida**? Iba, por tanto, hacia sí mismo, a través de sí mismo. Y nosotros, ¿a dónde vamos, sino hacia él mismo? ¿y por dónde vamos sino por él mismo? El va hacia sí mismo por sí mismo; nosotros vamos hacia él por él. Más aun, vamos también hacia el Padre, tanto él como nosotros. Pues de sí mismo en otro lugar dice: 'Voy al Padre'; y aquí refiriéndose a nosotros dice: 'Nadie va al Padre sino por mí'. Y por eso, él va por sí mismo hacia sí mismo y hacia el Padre; nosotros vamos por él hacia él y hacia el Padre.

¿Quién puede comprender esto, sino el que tiene el sentido espiritual? ¿Y cuánto es lo que aquí puede comprender, aun teniendo el sentido espiritual? Herma-

nos, ¿por qué queréis que os exponga estas cosas? Pensad cuán excelsas son. Vosotros veis lo que soy yo, yo veo lo que sois vosotros; en todos nosotros el cuerpo corruptible pesa sobre el alma y la morada terrena deprime a la mente distraída por muchos pensamientos. ¿Creemos poder decir: 'Elevo mi alma hacia ti, que habitas en el cielo? Pero aquí donde gemimos oprimidos por tanto peso, ¿cómo elevaré mi alma, si no la eleva conmigo aquel que entregó la suya por mí? Diré, por tanto, lo que pueda; comprenda el que pueda. Lo que digo concediéndolo él, concediéndolo él comprende el que comprende, y concediéndolo él cree el que aún no comprende. Pues, 'a menos que creáis -dice el profeta- no comprenderéis' (Is 7,9 LXX)".

De todo esta larga citación podemos deducir la comprensión que tiene San Agustín de la frase de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Hace notar que la objeción de Tomás tiene dos partes: "No sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?". Se habla de dos cosas que Tomás ignora: de una destinación y de un camino que conduce allá.

La respuesta de Jesús también tiene dos partes: 1) el camino; 2) la verdad y la vida. Según San Agustín Jesús habría indicado primero el medio para llegar al fin y después el fin mismo. El camino conduce a la meta; la meta es la verdad y la vida. El es el camino que conduce hacia él mismo que es la verdad y la vida. Cristo sería el camino y la meta. A través de Cristo se va a Cristo. En cuanto Verbo hecho carne, Cristo es el camino; en cuanto Verbo de Dios, Cristo es la verdad y la vida.

Esta conclusión es hermosa y verdadera. Pero no tiene mucho asidero en el texto concreto del Evangelio, como hemos visto más arriba. Además, esa interpretación de la frase: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" tendría el defecto lógico de indicar primero el medio y después el fin; primero el camino y después el lugar adonde conduce.

Más sintéticamente lo dice San Agustín en otra parte de esta misma obra:

"¿Cuál es el camino por el cual corremos? Cristo dijo: 'Yo soy el camino'. ¿Cuál es la patria hacia la cual corremos? Cristo dijo: 'Yo soy la verdad'. Por él corres, hacia él corres, en él descansas" (In Epist. Joan. Tr. 10,1)..

Para San Agustín la carne asumida por la Persona del Verbo es el camino por el cual el Verbo vino a nosotros y habitó entre nosotros. La misma carne de Cristo es el

camino por el cual nosotros vamos al Verbo, es decir, hacia la Verdad y la Vida.

Citaremos otros pasos significativos tomados de diversas obras de San Agustín, en que el doctor de la gracia expresa en forma sintética su interpretación de la afirmación de Cristo:

"El Rey de nuestra patria es el Señor Jesucristo; allí está la verdad, aquí el camino. ¿A dónde vamos? A la verdad. ¿Por dónde vamos? Por la fe. ¿A dónde vamos? A Cristo. ¿Por dónde vamos? Por Cristo. En efecto, él dijo: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'" (Enarr. in Ps. 123,2).

"El Cristo hombre es tu camino; el Cristo Dios es tu patria. Nuestra patria es la verdad y la vida; nuestro camino, el Verbo se ha hecho carne y habitó entre nosotros" (Serm. 95,5).

"Porque él está junto al Padre, es la verdad y la vida; pero no teníamos por dónde ir hacia la verdad. El Hijo de Dios, que en el Padre es siempre la verdad y la vida, asumiendo al hombre, se hizo el camino. Camina por el hombre y llega a Dios. Por él vas, hacia él vas" (Serm. 141,7; Serm. 123,3 y 142,1).

Vemos en todos estos textos que la meta es la verdad. Incluso San Agustín favorece a la verdad en relación a la vida. En esto San Agustín revela la influencia platónica que ha recibido, es decir, aquella corriente en que la salvación del hombre consiste en la contemplación de las ideas puras, despojadas de sus determinaciones concretas. Y entre esas ideas puras la más sublime es la verdad. Esta se identifica con Dios. Para San Agustín la verdad es lo más importante; la vida resulta como algo concomitante.

"El dijo: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. Gozaremos de la verdad cuando lo veamos cara a cara. Permaneciendo junto al Padre es la verdad y la vida; revistiéndose de la carne, se ha hecho el camino" (In Joan. Tr. 34,9).

Es cierto, por otro lado, que San Agustín modera la corriente platónica, gracias a su fe cristiana, porque reconoce que no hay otro camino para llegar a gozar de la verdad que la carne de Cristo, no hay otro medio que la encarnación del Verbo.

Un último punto en que la interpretación de San Agustín difiere de la interpretación que nosotros hemos dado más arriba, es que él reserva la posesión de la verdad y la

vida a la patria celestial, cuando veamos a Dios cara a cara. Para San Juan, en cambio, la verdad y la vida, que es Cristo, se posee desde ahora en contacto con él. Para San Juan, la meta es el Padre; pero Cristo es el camino al Padre, porque él es ahora la verdad y la vida para nosotros. Para poseer la verdad y la vida ahora, es necesario creer en Cristo ahora.

Con pequeños matices, la interpretación de San Agustín es también la interpretación de la mayoría de los Padres de la Iglesia. Es una conclusión verdadera, pues no hay duda que cuando llegemos a la Patria contemplaremos a Cristo verdad y vida con toda intensidad. Lo que intentamos decir aquí no es que esa conclusión sea falsa, sino que esa conclusión no es lo que está afirmado directamente por San Juan y, por tanto, por Cristo mismo. En efecto, para comprender lo que el Espíritu quiere decirnos con un texto bíblico, el primer paso es comprender lo que quiso decir el hagiógrafo.

## **9. La interpretación de Santo Tomás de Aquino**

Veremos ahora la comprensión de Santo Tomás de Aquino. Lo podemos hacer brevemente, pues no difiere mayormente de la de San Agustín. Para ello nos detendremos en su Comentario al Evangelio de Juan en el punto correspondiente (Cap. 14, lect. 2).

"Cristo en persona es el camino, por esto dice: 'Yo soy el camino'. Lo cual tiene una explicación muy verdadera, ya que por medio de él tenemos acceso al Padre. Mas, como este camino no dista de su término, sino que está unido a él, añade: 'La verdad y la vida'; y así, él mismo es a la vez el camino y su término. Es el camino según su humanidad, es el término según su divinidad. En este sentido, en cuanto hombre, dice: 'Yo soy el camino': en cuanto Dios, añade: 'Yo soy la verdad y la vida', dos expresiones que indican adecuadamente el término de este camino.

Efectivamente, el término de este camino es la satisfacción del deseo humano, y el hombre desea principalmente dos cosas: en primer lugar, el conocimiento de la verdad, lo cual es algo específico suyo; en segundo lugar, la prolongación de su existencia, lo cual le es común con los demás seres. Ahora bien, Cristo es el camino para llegar al conocimiento de la verdad, siendo así que él mismo en persona es la verdad: 'Enseñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad'. Cristo es asimismo el camino para llegar a la vida, siendo así que él mismo en persona es la vida:



'Me enseñarás el sendero de la vida'...

Si buscas, pues, por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque él es el camino: 'Este es el camino, caminad por él'. Y San Agustín dice: 'Camina a través del hombre y llegarás a Dios'".

Santo Tomás empieza su comentario en la dirección correcta, pues dice que Cristo es el camino hacia el Padre: "por medio de él tenemos acceso al Padre". Comprende también que en el contexto del Evangelio, situando la frase de Cristo en su diálogo con los Apóstoles durante la última cena, las palabras "verdad y vida" son añadidas y no están introducidas por una mención anterior, no se ha hablado de ellas antes. Pero, para explicarlas, dice que ellas indican el término del camino, porque hacia allá va el deseo del hombre: hacia el conocimiento de la verdad y hacia la prolongación de la existencia.

Entre estas dos cosas, que según Santo Tomás indican la meta, no hay duda que en su opinión la más perfecta es la verdad. En efecto, ésta la explica diciendo que "el conocimiento de la verdad es algo específico del hombre". La prolongación de la existencia, que equivaldría a la vida, "es común con los demás seres". Es curioso que Santo Tomás no repare en que "la vida", así a secas, en San Juan, y mucho más cuando se identifica con Cristo, designa la participación del hombre en la vida divina. Esta pertenece exclusivamente a Dios; al hombre es concedida sólo por gracia.

Vemos cómo estos grandes teólogos en su lectura de la Escritura están influidos por el peso de sus sistemas teológicos, que son ciertamente magistrales y plenamente en orden con la verdad revelada; pero por eso tienen tendencia a leer sus conclusiones en cada paso de la Escritura. Ellos pertenecen a una época en que aún no se disponía de los instrumentos de que disponemos ahora para la exégesis bíblica, sobre todo, de la crítica literaria. Por eso son menos sensibles al contexto histórico y a la consideración de la ubicación de los textos en su situación de vida y en el conjunto de toda la Escritura.

Nosotros hemos visto que Cristo es el camino hacia el Padre y lo es precisamente porque él es la verdad, es decir, la apertura del Padre a nosotros; y porque él es la vida, es decir, la comunicación de la vida divina a nosotros.

### Conclusión

Hemos hecho un largo recorrido para profundizar en el sentido de la frase de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Hemos visto que esa frase fue dicha en el contexto de una separación momentánea de Jesús del lado de sus discípulos. Jesús les anunciaba su ida al Padre; va a preparar un lugar para ellos en la casa de su Padre. Los apóstoles no pueden seguirlo ahora; lo seguirán más tarde, pues luego Cristo volverá y los tomará consigo para que estén siempre con él donde él está.

Tratándose de ir al Padre, Jesús dice: "Yo soy el camino". Y aclara esta metáfora, agregando: "Yo soy la verdad y la vida". Jesús es la verdad, en cuanto es el Verbo encarnado y hecho hombre y de esta manera nos ha mostrado al Padre, mostrando su propia identidad de Hijo de Dios. Por eso dice: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Jesús es el camino que conduce al Padre, porque él es la vida divina comunicada a quienes creen en su identidad de Hijo de Dios, a quienes creen que él es el Verbo en quien está la vida. Por eso indica la finalidad de su encarnación así: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". Gozando de la vida divina, gozamos de la comunión con Cristo y con el Padre. De esta manera, somos puestos en contacto vital con el Padre, a través de Cristo, que es el camino.

Debemos notar que, según su promesa, Cristo volvió a sus apóstoles, y está también ahora con nosotros. "Me seguirás mas tarde" había dicho a Pedro. Apareciéndose a sus apóstoles después de resucitar, a la orilla del lago de Galilea, dijo a Pedro: "Sígueme". Esta es su última palabra en el Evangelio de Juan. Lo decía para indicar con qué muerte Pedro había de dar gloria a Dios. Ahora se cumpliría también la afirmación de Pedro: "Yo daré mi vida por ti". Fue verdad que Pedro dio su vida por Cristo, siguiendolo en una muerte semejante a la suya. De esta manera, recorrió el camino indicado por Cristo, porque, teniendo comunión con sus sufrimientos, adquirió un conocimiento de su persona. Entonces entendió lo que significa la afirmación de Jesús: "Yo soy la verdad y la vida". Es verdad que Cristo vino de nuevo a sus apóstoles y no se separó más de ellos; en la muerte de ellos, fue verdad que los tomó consigo para que estén siempre donde él está.

Recordemos que éste era también el anhelo de Pablo, tal como lo expresa en su carta a los filipenses:

"Todo lo que era para mí ganacia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aun: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las

cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él... y conocerlo a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, hasta hacerme semejante a él en su muerte..." (Fil 3,7-11).

"Yo soy el camino, la verdad y la vida" dice Jesús. Esta definición de su propia identidad no podrá ser nunca plenamente comprendida por nosotros. Es un texto que nos quedará siempre como fuente inagotable de contemplación. Se trata de la definición de una Persona; pero una persona no podrá ser nunca plenamente conocida, sino por el contacto personal. Y cuando se trata del conocimiento de Cristo, por el método enseñado por San Pablo: por la comunión en sus padecimientos, lo cual se realiza en los sufrimientos aceptados por Cristo, y sobre todo sacramentalmente en la Eucaristía que se prolonga en la oración.

Al concluir estas reflexiones nos queda la misma impresión que anotaba el escritor A. Guillerand en la última página de su libro: "Al borde del abismo de Dios. Elevaciones sobre el Evangelio de San Juan" (Roma, 1961):

"Ante estas grandes palabras me he encontrado siempre como ante aquellas inmensas rocas verticales que desafían todo intento de escalada. He leído cien veces lo que dicen los comentaristas, lo que desarrollan los sermones; las he meditado, o he tratado de hacerlo. Es claro que todos -sobre todo, yo mismo- quedamos a la altura de los pies; la cumbre se pierde en una nube que intuimos llena de luz, pero que no podemos penetrar".

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo Auxiliar de Concepción